

La siemprebuena

La siempreviva

Miguel Torres

Tragaluz Editores, colección *Deus ex machina*, Medellín, 2014, 145 págs.

MIGUEL TORRES, conocido hombre de teatro en Colombia, ha realizado muchísimos montajes de obras, no pocas de ellas de su propia autoría, presentadas en centenares de escenarios y en centenares de funciones en el país y fuera de él. Tiene Miguel en *La siempreviva*, entre su muy copiosa producción, tal vez la obra más importante de una dramaturgia personal que ha ido elaborando con décadas de juicio y constante trabajo dirigiendo el teatro El Local. (No estamos hablando aquí de sus novelas sobre el 9 de abril, también hitos de la literatura colombiana). *La siempreviva* es ya un clásico del teatro colombiano, con más de setecientas funciones en las que ha puesto a reflexionar y a aplaudir a los públicos siempre abarrotados de diferentes salas.

En un inquilinato del barrio La Candelaria en Bogotá, transcurre la acción de esta obra. Varios personajes muy bien caracterizados de una clase media baja cuyos destinos nos conmueven hondamente, pasan allí sus vidas. El escenario es un patio en el que confluyen puerta-ventanas de las habitaciones y podemos ver en los distintos momentos de qué manera se interrelacionan y la forma en que transcurre el cotidiano vivir, entre las canciones populares que brotan de la radio que suena sin descanso y las riñas de la pobreza que va minando a ese grupo humano recogido allí. Se oyen también las noticias y los comentarios que de ellas hacen los inquilinos —que van desde la estudiante de derecho en una universidad nocturna que vive con su madre y su hermano, el payaso que ofrece almuerzos en un restaurante popular, el prestamista sin escrúpulos que cobra sus intereses sin importar las condiciones de quienes le deben unos pocos pesos, hasta un visitante, profesor de derecho que le coquetea y dirige la tesis de grado a Julieta, quien entra a trabajar en la cafetería del Palacio de Justicia, por los días de la toma guerrillera de 1985—.

De pronto comienzan a oírse simultáneamente en la radio y en el ambiente (pues la casa está ubicada a unas pocas cuadras del Palacio), los disparos, los cañonazos y las ráfagas de la toma del Palacio de Justicia por parte de un comando guerrillero del M-19 y la posterior retoma por parte del ejército. En medio de ese abigarrado ambiente transcurre todo este drama humano en el que desaparece Julieta, la Siempreviva. Las intervenciones del locutor de radio ponen una nota trágica a las escenas cada vez más apremiantes. En esas cae, como una bomba más, la noticia de la erupción del volcán nevado del Ruiz y el arrasamiento de Armero, mientras una hipoteca sobre la casa, de propiedad de la mamá de Julieta, endeudada con su inquilino el usurero, da un poco más de tensión a la situación ya insostenible. Las escenas continúan encabalgándose y los hechos empeoran: aparece muerto a cuchilladas el prestamista, la madre de Julieta enloquece esperando a su hija a quien ve y con quien conversa de manera permanente en su delirio. En medio de ese desastre dramático en el que se vive esta obra teatral, que se hunde en nuestra más reciente historia, hay también una desesperanza de marcados tonos poéticos. Invito a la lectura de esta gran obra y, si quien lea estas líneas tiene la oportunidad de verla representada, esté seguro de asistir a una de las más trascendentales obras del teatro colombiano.

Este libro, que tiene una introducción de Ricardo Silva Romero, fue publicado por Tragaluz Editores, y es una apuesta inusual en esta época en el mundo editorial cuando esas empresas se han convertido en unos aplastantes conglomerados editoriales que quieren liquidar cualquier iniciativa particular y digna que no esté en el juego del mercado salvaje. Bajo este sello han aparecido numerosos títulos de poesía colombiana, siempre en delicadas ediciones con un número reducido de ejemplares: Jaime Jaramillo Escobar, Eduardo Escobar, Juan Gustavo Cobo Borda, Juan Felipe Robledo son algunos de los poetas cuyas obras han sido publicadas por esta pequeña editorial de Medellín que sin duda guarda todavía el regusto por la ediciones hechas con esmero y delicadeza. Papeles finos, ilustraciones

de exquisitos dibujantes, portadas en tela cosidas al caballete como en los tiempos idos... (otra pequeña editorial —también de Medellín— viene haciendo algo similar y con resultados parecidos —se trata de Frailejón Editores—). Estos son esfuerzos que deberíamos aplaudir pues no se trata de un negocio de grandes ambiciones económicas, aunque sí de grandes ambiciones estéticas. Ojalá los disparatados rigores de la industria no den al traste con esas editoriales cuidadosas y pulcras y se vean recompensados sus empeños para que persistan en esa bella labor. En cuanto a la edición de *La siempreviva*, no podemos decir menos: en un discreto librito de papeles de color amable al ojo del lector, con un par de páginas de cortesía en color carmelito, con un bonito troquel en la portada y una ilustración como de las antiguas de *Alicia en el país de las maravillas* realizada por Daniel Gómez Henao, con una cinta roja para señalar la página en la que va la lectura; todo ello se conjuga como un premio para el autor y para el lector que tiene en sus manos una pieza hecha con afecto indeleble por eso que muchos condenan hoy al olvido y al pasado: el libro como objeto entrañable.

Fernando Herrera Gómez